

FERNANDO VILLALÓN, POETA SIN ROPA DE NADIE

JUAN MANUEL DÍAZ DE GUEREÑU
Universidad de Deusto, San Sebastián

Aunque de cuna privilegiada, pues nació en el seno de una familia acomodada y adornada de título nobiliario, que él como primogénito heredó (conde de Miraflores de los Ángeles), la vida de Fernando Villalón (Morón de la Frontera, 1881-Madrid, 1930) parece una sucesión de tropiezos, desdichas y desatinos, que quizá fueron en parte fruto indirecto de la abundancia y diversidad de los dones que recibió. Hasta su muerte temprana parece consecuencia de una constitución robusta, que le indujo a descuidar la enfermedad hasta que fue ya irremediable.

Villalón recibió de los suyos un nombre respetado, dinero y propiedades, pero vivió a su modo, que no siempre fue convencional o «respetable», y corrió hacia la ruina y los problemas económicos por su empeño en perseguir un ideal, inventándose como ganadero de reses bravas decidido a recuperar las esencias perdidas de la casta y la fiereza. El escueto y esclarecedor perfil biográfico con que Jacques Issorel abre este volumen¹ muestra una retahíla de compras y ventas de fincas, cortijos y reses que acabó en hipotecas, préstamos y deudas. Issorel desmiente que su objetivo como ganadero fuera, como dice la leyenda amistosa que lo rodeó, criar toros de ojos verdes, pero sus negocios no precisaron de propósito tan quimérico para resultar ruinosos, pues los emprendió sin conocimiento, experiencia o astucia que lo librasen de errores y malos pasos.

En lo que se refiere a su creación literaria, Villalón estuvo tan dotado para la escritura poética que la descuidó largos años, distraído en otros proyectos o acaso confiado en que dispondría de una mayor provisión de tiempo para realizarla, provisión que a la postre el azar le negó. En consecuencia, publicó su primer título en edad relativamente avanzada para estrenarse en tales empeños, ya mediados sus cuarenta, y la muerte temprana apenas le dejó tiempo para madurar su escritura y crecer en la estimación pública como poeta, aunque durante esos pocos años se desempeñó como tal con tesón. Participó, por ejemplo, en el encuentro de Sevilla en diciembre de 1927 que suele tomarse por punto de partida de la complicidad entre

¹ Jacques Issorel, *Fernando Villalón: la pica y la pluma*, Sevilla, Renacimiento, Espuela de Plata, 2011.

los poetas del grupo del 27, y, en compañía de Rogelio Buendía y Adriano del Valle, en la gestación de la revista *Papel de Aleluyas* (1927-1928), una de las más notables en aquella época generosa en publicaciones poéticas. En vida, Villalón fue autor de tan solo tres libros publicados, *Andalucía la Baja* (1926), *La Toriada* (1928) y *Romances del 800* (1929) y los asuntos de algunos de sus poemas, sumados a la personalidad pública del autor, podían inducir a interpretarlos como muestras de sabor local y pintoresco. El sambenito no dejó de perseguirlo. Tampoco dejó de molestarle, porque no le hacía justicia.

Pues por algo Gerardo Diego incluyó una selección de sus versos en *Poesía española. Antología 1915-1931*, aquella antología de 1932 en la que se propuso, contra corriente y con la connivencia de los poetas interesados, reivindicar la poesía en su más estricta pureza, deslindándola de la poesía literaria. Villalón ya había fallecido y el antólogo seleccionó a partes iguales entre su obra publicada y la inédita, para probar su afirmación de que en esta última se percibía «una nueva manera más libre y profunda de su evolución poética» y para subrayar la pérdida que para la causa de la poesía supuso la muerte del sevillano. De la antología de Diego se ha dicho que no falló una, ni por exceso ni por defecto. En todo caso, constituyó una especie de manifiesto colectivo a favor de una concepción de la poesía mucho más exigente y ha sido probablemente el libro que ha tenido un papel más determinante en el modo como se ha escrito la historia de nuestra poesía en el siglo pasado. Que incluyera los versos de Villalón prueba al menos que el antólogo —y con él sus cómplices— no se dejó distraer por las apariencias y apreció en ellos la voz de un poeta entero.

La posteridad de Villalón no siempre ha sido tan certera ni tan generosa con su obra. Issorel, que es autor de algunos de los estudios y ediciones más relevantes (desde su tesis doctoral, defendida en la Université Paul Valéry de Montpellier en 1980, una edición crítica de la obra poética de Villalón que luego dio lugar a varias ediciones de sus escritos, en particular las *Obras (poesía y prosa)* editadas por Trieste en 1987 y la *Obra poética* preparada para la colección Letras Hispánicas de Cátedra en 1998), lista puntualmente en este libro casi setecientas entradas bibliográficas publicadas en una docena de países, pero es innegable que el de Morón ha quedado relegado habitualmente entre los de su tiempo al apartado de los poetas menores o al de «otros poetas».

No lo merece quien fue capaz de hacer poesía desde la pequeñez inmediata y desde la evocación cosmogónica por igual. Villalón se reinventó como poeta a cada paso, con celeridad de ansioso y de entusiasta, descubriendo en la escritura siempre nuevas posibilidades. Y, sin embargo, mantuvo una coherencia clara en su búsqueda de una esencia perdida u oculta para la sensibilidad ordinaria por las tantas incoherencias y desintereses de la existencia moderna, un ideal primigenio al que aspi-

rar o que crear de la nada mediante el verso. A tal esencia perdida apuntan de un modo u otro sus poemas, del más sencillo al más gongorino. Así, en el poema «El ciclista» de su primer libro, *Andalucía la Baja*, muestra de un primer modo de versificar a partir de lo inmediato y concreto, envía al mozo que pedalea

en busca de tierras santas
donde crezcan los rosales
sobre las peñas más agrias.
Donde broten los claveles
sin que los abreve el agua. (pág. 63)

Villalón pronto expresó una ambición formal que no cabía en la modesta tejedura de octosílabos, coplas o canciones de aire popular. Su participación en los homenajes a Góngora en su centenario, que dio lugar a la escritura de *La Toriada*, según el modelo clásico, lo muestran sin embargo, como anota Issorel, «poeta capaz de asimilar una técnica ajena y ponerla al servicio de su propia inspiración» (pág. 41). No era Villalón poeta que se conformara con seguir recetas o con ajustarse a modelos. Uno de sus poemas póstumos comienza con estos versos, que equivalen a una declaración de principios:

Incendia tu cuerpo en el mío, y simula una evasión del presidio de la normalidad;
y con una aurora en cada mano, paladaremos juntos el placer de la alegría sin trabas.
Haremos poemas como nos dé la gana.
Con la pluma o con el cuerpo.
Sin ropa de nadie. (pág. 104)

A cumplir ese propósito dedicó el escaso tiempo de que dispuso, con la misma certeza de alcanzarlo con que había perseguido otras hermosas quimeras.

Fernando Villalón: la pica y la pluma ofrece, en poco más de doscientas páginas editadas con cuidado y discreta elegancia, una revisión y puesta al día minuciosa y precisa de los estudios sobre el poeta, con la que Jacques Issorel contribuye una vez más a difundir y explicar su obra. El libro ofrece una jugosa colección de datos y comentarios, esclarecedores y bien presentados, para el lector común y para el estudioso: un perfil biográfico, cuyos detalles el autor comenta a fin de aclarar la personalidad de Villalón, oscurecida por las leyendas; una bibliografía sistemática, acompañada de índices de revistas y de autores que facilitan la consulta; y un breve estudio de la obra poética de Villalón.

A ello añade Issorel, sobre todo, una selección de sus poemas, que aporta medio centenar largo de piezas, más de la mitad de ellas tomadas de la obra que quedó

inédita a la muerte del poeta. Esta medida antología presenta una muestra de su variado talento, es decir, una nueva invitación a la lectura de los poemas que aquel poeta breve tuvo tiempo de dejar escritos antes de que le dieran tierra con ropa de campo, botas de montar y espuelas.